



**Cuaderno
de bitácora**

Juegos prohibidos

(El crepúsculo del paganismo romano) por Alberto Miralles

Dios y yo nos parecemos: él tampoco consigue encajar el mundo y ordenar su caos. Pero su fracaso no me consuela. Cada mañana me levanto con la firme convicción de que voy a solucionar las injusticias universales y cuando llega la noche me sorprende que todo siga igual. Pero no me desanimo porque un mal día lo tiene cualquiera.

Con *El crepúsculo del paganismo romano*, rebautizado por César Oliva como *Juegos prohibidos*, estoy seguro de que he conseguido un mundo mejor, aunque de ello no se tenga certeza porque no se puede seguir a cada espectador para corroborar la transformación que mi texto le ha provocado.

Oigo con frecuencia a mis colegas decir que la literatura no puede cambiar el mundo. Yo disiento. Será porque estreno y soy más optimista. El mundo ha cambiado gracias a la literatura. Sin ella, el mundo sería hoy mucho peor. Las novelas de Dickens, por ejemplo, modificaron tanto el sistema escolar como el benéfico-social. Y me anima pensar que en muchas cárceles hay grupos de teatro (en Suecia, en todas), lo cual evidencia el poder de regeneración del arte escénico. Eso sin mencionar el hecho de que en 1980, durante la representación de *Esperando a Godot* en una cárcel de Suecia, todos los presos lograron escapar y uno de ellos sigue desaparecido en Sudamérica. El suceso se ha contado en la película de Björn Kjellman *Breaking out* (2001).

Sólo con esos dos ejemplos, uno ya puede morir tranquilo y lleno de orgullo por pertenecer a ese colectivo.

Si el teatro apenas influye para cambiar la sociedad ¿por qué se prohíbe, se cierran, incluso, los locales donde se representa y a muchos de sus autores se les encierra, destierra o mata? Si el teatro fuera inocuo no se le intentaría marginar o controlar. Si tan poca influencia tiene ¿por qué continuamente se están inventando centenarios y homenajes de los autores menos críticos de nuestra historia, mientras que a los actuales se les estrena en sótanos, como si fueran performances de Rodrigo García?

Juegos prohibidos es mi venganza personal contra la educación perversa que recibí. Por eso estuve a punto de ponerle el título de *Catecrecsis*, pero como no se iba a entender, le puse lo de *El crepúsculo del paganismo romano*, que se entiende aún menos, pero demuestra que tengo las convicciones muy arraigadas. O sea, que no escarmiento en mi obsesión barroca, pese a que en la pasada Feria del Libro se anunció la obra como *El crepúsculo en el paisajismo romano*. En cualquier caso, es un título más inteligible que otros míos como *Crucifernario de la culpable indecisión* o *Céfiro agreste de olímpicos embates*, que ya es pura vesania titulativa.

La obra la sitúo a mediados de los años 50 y trata de los alumnos y alumnas de dos colegios religiosos que se reúnen a escondidas para vengarse de los abusos sexuales de sus profesores. A continuación de este artículo se publica el momento en que los estudiantes se conjuran. En escenas precedentes ha habido un suicidio y una progresiva concienciación de una realidad, que no es la oficial. Después del conjuro ritual, se desarrolla la venganza. Y para finalizar la obra, rompo la unidad de tiempo y la última escena (pág. 125 y ss. de la edición de Fundamentos) muestra las consecuencias del ambiente político, social y religioso de la adolescencia de los protagonistas, pues los vemos muchos años después intentando olvidar los traumáticos sucesos; pero éstos les han marcado tanto que será una generación asustada, llena de complejos, inhábil para la sinceridad.

Los personajes evolucionan porque la realidad les obliga, de manera brutal, a creer de golpe. Comienzan siendo felices y acaban siendo desgraciados; pasan de la inocencia a la maldad: aprenden a mentir, a vengarse, a destruir el tesoro de su amistad. Humor, ternura, poesía y crítica; éste es el itinerario. Yo no escribo teatro histórico, sino literatura de fricción. ¿Que se quiere olvidar la dictadura? Pues yo, a recordarla.

Como se sabe, la transición se hizo sobre un pacto de silencio, pero el pasado no se puede ocultar, sobre todo si aún no han muerto quienes lo vivieron y se resisten, no sólo al olvido, sino a la tergiversación histórica. Después de todo, Santayana tenía razón al afirmar que los que no se acuerdan del pasado, están condenados a repetirlo. Y en España ha habido demasiados olvidos.

He escrito esta obra como una recuperación crítica del pasado que explique el presente, pero no desde la nostalgia, sino desde la memoria. Es como reivindicar otra manera de contar los sucesos, encajarlos de manera distinta para que no haya vacíos en los que el presente se precipite. Somos la suma de nuestros pasados, a condición de que no se haya omitido de ellos alguna parte.

Pero si mi objetivo fuera únicamente la reconstrucción del ayer, hubiera escrito un ensayo. Si escribo teatro es porque me gusta que la historia sea el ámbito o la génesis de una peripecia que pueda emocionar más allá del tiempo. Por eso, el tema de *Juegos prohibidos* no es de ayer, ni de hoy ni de mañana: es de siempre; porque la amistad, el despertar sexual y la rebelión contra el abuso de los poderosos, son eternos.

Yo también voy a ser eterno. De momento, he decidido tener siempre 18 años que es la edad en la que no caben dudas. Al menos, de mí, siempre se sabrá lo que pienso, lo

cual es de mucho mérito si tenemos en cuenta lo mudable que es el carácter de muchos que fueron de UCD, luego pasaron por el PSOE y ahora están con el PP, sin que se les cuartee el rostro.

Para mí, lo moderno es pasajero. Lo eterno, no. Por eso me gusta el teatro político, la reivindicación histórica, la psicología y el sujeto-verbo-predicado. Porque el lenguaje, el alma, la sociedad y el pasado son eternos.

César Oliva ha sabido comprenderlo así y en su sabia dirección, ha realizado la ternura de los personajes para que sus angustias sean a la vez que próximas, ejemplares.

Antes de ver la función tenía miedo de que a los espectadores de menos de treinta años las referencias históricas, por desconocidas, les impidieran identificarse con los

problemas íntimos de los personajes. Me gustó comprobar que se produjo una total corriente de simpatía entre el escenario y el patio de butacas. Pese a la gravedad del tema, la obra es, en muchos momentos, divertida, porque siempre he creído que el humor es el caballo de Troya de las ideas. Ríanse ahora y pidan después explicación a su risa.

La crítica de *La Verdad* (22/10/2001) dijo de su estreno en Murcia, que “el montaje atrapa plácidamente al espectador, y se convierte en un estallido de gozo teatral, sobre todo por el trabajo deslumbrante y esperanzador que llevan a cabo los seis jóvenes intérpretes que encarnan a los alumnos, muy bien dirigidos por César Oliva”.

¿Puede pedir un autor algo más? Sí: que esto le pase más veces. ■

Juegos prohibidos (*El crepúsculo del paganismo romano*) [fragmento]

Los chicos se reúnen en el refugio y comienzan a encender velas.

CARMEN: ¿qué pasa Roberto?

ASUNCIÓN: eres un imprudente. Mira que hacernos señas en medio de todos: ¡podrían haberte visto!

ROBERTO: fui a hablar con Luis. Estaban preparando su viaje a Pamplona, cuando ocurrió lo de Reme.

CARMEN: ¿pero de qué murió? Ella nunca estaba enferma.

ROBERTO: Luis no me lo quería contar.

MARISA: ¿contar el qué?

ROBERTO: Reme se suicidó.

MARISA: ¿cómo?

ROBERTO: (muy alterado) ¡Se suicidó, lo hizo, sí! No me digáis que ninguno de vosotros lo pensó cuando nos dijeron que había muerto.

MARISA: ¿sus padres saben por qué se ha...

ROBERTO: suicidado, Marisa, se dice suicidado. Una palabra horrible para definir una acción desesperada. ¡Suicidio! ¡Suicidio!

Carmen abraza a Roberto con ternura.

CARMEN: cálmate, Roberto.

*Los demás se acercan y le abrazan también.
Marisa llora en silencio.*

ROBERTO: perdonadme. Si hubierais visto a su hermano...
Sus padres han procurado que no se sepa.
El escándalo, ya sabéis.



Escena de *Juegos prohibidos* (*El crepúsculo del paganismo romano*).

ASUNCIÓN: y además, si se trata de un suicidio, no la hubieran podido enterrar en un cementerio.

FAUSTINO: es terrible.

CARMEN: ¿qué más te dijo su hermano?

ROBERTO: pobre Luis, no dejaba de llorar. Reme se lo había contado a su madre...

ASUNCIÓN: ¿y qué hizo?

ROBERTO: contárselo a su padre.

MARISA: bien ¿Y qué?

ROBERTO: le echaron la culpa a ella.

MARISA: claro, es más fácil que culpar al falangista y afrontar el escándalo.

CARMEN: ¡qué cobardes!

MARISA: ahí tenéis la respuesta de lo que pasaría si nosotras hubiéramos contado lo nuestro.

CARMEN: estamos solas.

ROBERTO: *(dolido)* Nos tenéis a nosotros.

MARISA: somos un hatajo de críos, Roberto.

ROBERTO: no es verdad: hemos crecido.

DONATO: y lo de Reme nos obliga a actuar como adultos.

MARISA: ¿para hacer qué?

FAUSTINO: para ve-vengarla.

ASUNCIÓN: sí, anda, llama al Cocoye y a todos tus héroes de tebeo para que nos ayuden.

ROBERTO: nosotros solos nos bastamos.

ASUNCIÓN: ¿pero lo estáis diciendo en serio?

DONATO: ¿no dice el falangista que todos debemos ser camaradas?

ROBERTO: pues ser camaradas es ayudarse.

DONATO: démosle su merecido aplicando sus propias lecciones.

FAUSTINO: *(cantando en susurro)* "Prietas las filas..."

ASUNCIÓN: sí, ahora ponte a cantar.

MARISA: déjale, es la tensión.

CARMEN: conjurar pone muy nervioso.

Los otros dos chicos, comprenden la sugerencia de Faustino y siguen la canción con miradas cómplices.

ROBERTO: "prietas la filas" ¿No lo entendéis?

FAUSTINO: "los tres mos-mosqueteros". Todos para uno y uno para to-todos.

Ellas se miran entre sí y asienten cómplices. Parece como si todos hubieran crecido de golpe.

ASUNCIÓN: ahora sí.

MARISA: la unión hace la fuerza.

ASUNCIÓN: somos seis, pero actuaremos como uno.

CARMEN: somos más de seis, Asun.

ASUNCIÓN: pueden expulsarnos.

ROBERTO: nos expulsarán.

ASUNCIÓN: ¿y vale la pena?

DONATO: mi tío me escribió una vez y me dijo que vale más morir con honra que vivir con vilipendio.

Le miran con gesto ignorante y antes de que pregunten, lo aclara, con frases memorizadas "vivir con vilipendio es vivir despreciado, deshonrado, avergonzado". Lo busqué en un diccionario.

CARMEN: el problema no es la expulsión. Hay otros colegios. El problema es que lo que vamos a tener que hacer no será fácil ni agradable.

MARISA: no será peor que lo que debió de pasar Reme.

ASUNCIÓN: tenéis razón. Estoy de acuerdo, pero...

MARISA: ...pero tienes miedo.

CARMEN: y yo.

ROBERTO: y todos.

FAUSTINO: los con-conjurados no tienen miedo.

Tar-tarmudean, pe-pero no tienen mie-miedo.

ASUNCIÓN: los conjurados no son unos críos como nosotros.

DONATO: ¡pues hagamos algo que nos convierta en mayores!

CARMEN: ¿como qué?

DONATO: no sé, juremos.

MARISA: eso son palabras y los mayores mienten.

ROBERTO: ¿y si alguno de nosotros se arrepiente?

CARMEN: *(en dulce reproche)* En esta media hora nos hemos sincerado como nunca lo habíamos hecho.

ASUNCIÓN: yo he dicho cosas... no sé, es como si me hubiera desnudado el alma.

MARISA: pero Roberto tiene razón: necesitamos hacer algo que nos comprometa a todos por igual.

FAUSTINO: un ge-gesto.

CARMEN: *(muy serena)* Pues si hemos desnudado nuestra alma, que es como una confesión ante los curas, la máxima prueba de sinceridad con los conjurados, será desnudar nuestro cuerpo.

MARISA: ¿desnudarnos delante de ellos?

CARMEN: con ellos. Y ellos con nosotras. Eso es un gesto.

ASUNCIÓN: mostrarnos tal y como somos en realidad.

ROBERTO: todos comprometidos con todos.

DONATO: un secreto compartido.

CARMEN: unidos por el pecado.

MARISA: por el pecado, no; por la rebelión.

Comienzan a desnudarse como un ritual.

La luz va decreciendo.

ROBERTO: por Reme Javaloyes.

ASUNCIÓN: por mi hermana.

FAUSTINO: por ti, A-asunción.

CARMEN: por Dorita Mayalde.

MARISA: por los que tienen miedo.

ASUNCIÓN: por los que callan.

DONATO: por los que lloran.

ROBERTO: por nuestro pacto.

FAUSTINO: por nosotros.

ROBERTO: por la verdad.

Y el oscuro se hace sobre ellos, alumbrando sus almas.